

EL CAMINO DEL OPUS DEI

Usted ha vivido el Opus Dei casi desde sus inicios. En este 50.º aniversario de su fundación, ¿cómo resumiría la historia y el camino que ha recorrido el Opus Dei?

La historia del Opus Dei en estos cincuenta años de su vida es la historia de una realidad espiritual. Por eso, pienso que el mejor camino para entenderla es recordar algunos rasgos de su espíritu. Nuestro Fundador lo ha fijado con trazos tan claros que, como solía decir, está *esculpido*.

Espíritu, en primer lugar, de santificación en la vida ordinaria, de no admitir ningún tipo de disociación entre lo humano y lo sobrenatural. La llamada a la plenitud de la vida cristiana es universal, está dirigida a todos. El cristiano, como decía con frecuencia Mons. Escrivá de Balaguer, ha de *poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas*, sabiendo que hay una cumbre en cualquier trabajo, en cualquier ocupación honrada hecha cara a Dios, también en esas tareas que a veces se denominan modestas o subalternas.

Santificación, por tanto, mediante el cumplimiento del propio trabajo. De este modo, cualquier realidad en la que se emplea el esfuerzo del hombre puede ser obra de Dios, trabajo de Dios, *opus Dei*. Nuestro Fundador predicó incansablemente esa verdad, que había recibido del Señor; gritó en defensa del trabajo humano, porque sabía que podía y debía ser trabajo de Dios: *es hora de que los cristianos digamos muy alto que el trabajo es un don de Dios, y que no tiene ningún sentido dividir a los hombres en diversas categorías según los tipos de trabajo, considerando unas tareas más nobles que otras (Es Cristo que pasa, n. 47)*.

Este espíritu llega directa y sencillamente a los hombres y mujeres que viven en el mundo: no son obstáculo las diferen-

cias de educación, de mentalidad, de cultura. Las circunstancias de la vida humana pueden cambiar y, de hecho, han variado mucho a lo largo de la historia. Pero el trabajo es una realidad permanente, bendecida por Dios desde el principio. No una maldición; no algo de lo que sería bueno liberarse. *Es —decía también el Fundador del Opus Dei— vínculo de unión con los demás seres, fuente de recursos para sostener a la propia familia; medio de contribuir a la mejora de la sociedad, en la que se vive, y al progreso de toda la Humanidad (Es Cristo que pasa, n. 47).*

El socio del Opus Dei —y éste es otro de los rasgos esenciales del espíritu de la Obra— no se ve libre de ninguna de las dificultades e incertidumbres que plantea la vida diaria, pero las afronta con optimismo, porque se sabe hijo de Dios. Todo el espíritu del Opus Dei se fundamenta en la filiación divina. *La piedad que nace de la filiación divina, predicaba el Fundador de la Obra, es una actitud profunda del alma, que acaba por informar la existencia entera: está presente en todos los pensamientos, en todos los deseos, en todos los afectos (Amigos de Dios, n. 146).*

Un tercer rasgo —en este resumen apretado— es el amor a la libertad personal. Nuestro Fundador defendió siempre este don, que nos ha ganado Cristo con su muerte. Libertad que es imprescindible para entregarse a Dios, y que trae como consecuencia —entre otras— el respeto a todas las personas.

En este espíritu, todo son afirmaciones: saberse hijos de Dios, entender que el trabajo es camino de santidad, conocer que la libertad es un don de Dios a los hombres, son realidades abiertas, y hacen que la Obra realice en el mundo una *siembra de paz y de alegría*. No hay nada que odiar y todo, menos el pecado, es digno de amor.

La historia del Opus Dei es la historia de la expansión de esa realidad espiritual. Así empezó en 1928, y así es en nuestros días. La Obra, esparcida hoy en los cinco continentes, nació ya con entraña universal. Su historia es, en estos primeros cincuenta años, una trayectoria de fidelidad a Dios. Este es también el resumen de la vida de nuestro Fundador, que supo transmitir esa llamada de Dios a muchos miles de hombres y de mujeres en todo el mundo. En esta historia es difícil marcar hitos, porque lo fundamental consiste en poner un camino de santidad al alcance de todos, en la vida diaria.

Señalaría dos momentos únicos: el 2 de octubre de 1928, fecha de la fundación de la Obra, y el 26 de junio de 1975, día en el que el Señor quiso llevarse a su lado a nuestro Fundador. Acababa así la etapa de la fundación, para empezar, sin solución de continuidad, lo que alguna vez he definido como la etapa de la fidelidad. Por eso, para describir la proyección universal del Opus Dei en este cincuenta aniversario, puedo servirme de unas palabras de Mons. Escrivá de Balaguer, escritas en 1940: *así va —así irá— la Obra haciéndose, creciendo, en todos los ambientes: en los hospitales y en la Universidad; en las catequesis de los barrios más necesitados; en los hogares y en los lugares de reunión de los hombres; entre los pobres, los ricos y las gentes de la más diversa condición, para que a todos llegue el mensaje que Dios nos ha confiado (En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, Eunsa, Pamplona 1976, p. 38).*

¿Cuál es, a su juicio, la significación del Opus Dei en la historia de la espiritualidad cristiana?

En 20 siglos de vida, bajo la incesante acción del Espíritu Santo, han aparecido en la Iglesia diversos modos de realizar la santidad. Dios inspira a hombres y mujeres un estilo de vida conforme a unos determinados rasgos contenidos en el inagotable espíritu del Evangelio. En este florecimiento continuo de formas de espiritualidad, no cabe hablar de antiguo y de nuevo. Si se permanece fiel al don de Dios, todas las espiritualidades son siempre nuevas, porque son caminos por los que pasa la eterna voluntad santificadora del Señor.

El Opus Dei, en la historia de la espiritualidad cristiana, si se considera con módulos humanos, es algo muy reciente. Sin embargo, su espíritu es, en palabras de nuestro Fundador, *viejo como el Evangelio y como el Evangelio nuevo*. Se trata de una espiritualidad para el hombre de la calle. En este sentido, por ejemplo, podría decirse que el Opus Dei es una gran novedad. Como es sabido, durante muchos siglos al cristiano corriente no se le hablaba de su obligación de buscar la santidad como tal cristiano en medio de su trabajo, en su hogar, en las vicisitudes ordinarias. Se pensaba comúnmente que esos cristianos podían aspirar, sí, a salvarse, pero no a crecer, en esta tierra, en auténtica santidad.

Si queremos expresarnos así, el significado de la Obra —en la historia de la espiritualidad— ha sido el de recordar a todos la llamada general a la santidad, y concretar una manera de alcanzar esa meta, precisamente a través de la santificación del trabajo ordinario que, por eso mismo, se convierte también en medio y ocasión de apostolado.

Vinculado a ese rasgo hay otro que, siendo algo patente en el Evangelio, puede parecer nuevo. Me refiero a la presentación de la fe y de la moral cristianas como algo cordial, humano, entrañable. *Dios nos quiere muy humanos*, escribía nuestro Fundador. *Que la cabeza toque el cielo, pero que las plantas pisen bien seguras en la tierra. El precio de vivir en cristiano no es dejar de ser hombres* (*Amigos de Dios*, n. 75). Lo mismo se puede leer en *Camino*, un libro universal que ha acercado y acerca tantas almas a Dios: *La verdadera virtud no es triste y antipática, sino amablemente alegre* (n. 657).

Una sistemática campaña contra lo cristiano y, alguna vez, la falta de fidelidad de los que llevamos el nombre de Cristo, han contribuido a que seguir al Señor pudiera aparecer, falsamente, como algo oscuro e inhumano. Mons. Escrivá de Balaguer hablaba en cambio de un *ascetismo sonriente*. No hay nunca motivo para la tristeza, para las visiones pesimistas. Dios vence siempre, porque es Amor. Sólo el odio hunde. La alegría es una realidad cristiana que, en palabras de nuestro Fundador, *tiene sus raíces en forma de Cruz*.

En el Opus Dei, por voluntad del Señor, no sabemos separar lo humano noble de lo cristiano. El mundo es bueno porque es creación de Dios; el único mal es el pecado. La gracia de Dios se une con la honradez humana sin formar tabiques ni compartimentos estancos.

La historia de la Iglesia está jalonada por constantes manifestaciones de la riqueza espiritual del Evangelio. ¿Cómo se inserta en esa historia el Opus Dei? ¿Cómo surge? ¿Pueden señalarse algunos precedentes inmediatos?

En mi opinión, se pasa a veces con demasiada rapidez por los primeros siglos de la historia de la Iglesia, en los que los

cristianos, sabiendo que estaban llamados a la santidad, no se planteaban el alejarse del mundo para ser plenamente fieles a Cristo. Abundan los testimonios de escritores cristianos —muchas *Apologías*, la *Carta a Diogneto*, y tantos otros—, que nos describen hasta con detalle esa realidad. Pienso que debería-mos meditar con frecuencia esa etapa de la historia de la Iglesia.

Después, también por inspiración del Espíritu Santo, otros cristianos —aunque una minoría en proporción al total de los bautizados— entienden que, para ellos, seguir más de cerca a Cristo coincide con un apartamiento del mundo, ofreciendo el testimonio de una vida de peculiar pobreza, castidad y obediencia. Surge así el rico venero de las espiritualidades religiosas que, por gracia de Dios, se mantienen hasta el día de hoy.

El Opus Dei arranca de la realidad del mundo, del trabajo humano, en cuanto camino de santificación. No nace en polémica con las espiritualidades religiosas; es un brote distinto de la perenne riqueza espiritual del Evangelio.

Doy muchas veces gracias a Dios Nuestro Señor porque el Concilio Vaticano II ha recordado que cualquier vida cristiana puede y debe ser una vida de santidad.

Si se tiene en cuenta el paréntesis —de muchos siglos— que había entre la vida santa de los primeros seguidores de Cristo y la espiritualidad de la Obra, se entenderá que no puedo señalar ningún precedente inmediato del Opus Dei. La Obra surgió cuando Dios quiso, como expresión —en frase de Pablo VI— de la perenne juventud de la Iglesia. Al fin y al cabo, varios o muchos siglos no son tiempo para el Señor de la historia. En las realidades sobrenaturales, no importa demasiado la cuestión de los precedentes. Lo esencial es la fidelidad a Cristo, que cada uno debe vivir siguiendo el camino que le marca el mismo Dios.

El Opus Dei nunca ha pretendido presentarse como lo último o lo más perfecto en la historia de la espiritualidad. Cuando se vive de fe, se entiende que la plenitud de los tiempos está ya dada en Cristo y que son actuales todas las espiritualidades que se mantienen en la fidelidad al Magisterio de la Iglesia y al respectivo don fundacional. A veces, una visión historicista de la vida de la Iglesia puede sentirse inclinada a despreciar lo antiguo y ponderar lo nuevo, o al revés, sin más

razón que la pura cronología. El Opus Dei ama y venera todas las instituciones —antiguas o nuevas— que trabajan por Cristo en filial adhesión al Magisterio de la Iglesia.

Aunque en el Opus Dei hay también sacerdotes, es una institución eminentemente laical. Permítanos, pues, una doble pregunta: ¿cómo se entiende en el Opus Dei la vida laical, y cómo ha contribuido la Obra a la profundización de la misión de los seculares en la Iglesia?

En el Opus Dei la vida laical se entiende del modo más sencillo e inmediato. El Señor promovió la Obra cuando, incluso en países con una antigua tradición cristiana, no había mucha frecuencia de Sacramentos por parte de la mayoría de los seculares; cuando la opinión común reservaba la tarea de ser santos a los religiosos y a algunos pocos sacerdotes seculares. En ese clima, ampliamente documentado por la historia, el Opus Dei no intenta construir *un laico especial*. Se dirige al hombre de la calle para decirle que allí donde está, sin cambiar en nada su estado civil, su trabajo honrado, su vida diaria, puede y debe ser santo, porque ésta es su vocación divina.

Nuestro Fundador, para explicar esta vieja novedad, solía hablar de la vida de Jesús en sus largos años de vida oculta, ordinaria, sencilla: la de un trabajador en un pueblo pequeño de Galilea. Ese Jesús, que todavía no hace milagros, que es conocido como el artesano o el hijo del artesano, es también el Redentor; esa vida ordinaria estaba ya realizando nuestra reconciliación con Dios.

Los seculares, en medio de su trabajo, pueden imitar esa vida de Cristo. Primero, realizando el trabajo tal como lo haría el Señor, con perfección humana y ofrecido a Dios; para eso es preciso conocerle y tratarle, y de ahí la necesidad de la oración, de la mortificación, de la frecuencia de Sacramentos. Después —o, mejor, al mismo tiempo—, tratando a los amigos y compañeros de trabajo y, en esa normal relación de amistad, ayudándoles a acercarse a Cristo, que vino para salvar a todos.

¿Qué es esto sino una profundización teórica y práctica en la misión de los seculares en la Iglesia? También aquí es preci-

so referirse al Concilio Vaticano II, que ha vuelto a presentar esta antigua realidad cristiana: la vida del bautizado es, por su misma esencia, apostólica. La misión del seglar, como la de cualquier fiel, alcanza a toda la Iglesia. El apostolado del cristiano en su vida diaria, con su ejemplo, con palabras de amistad, no es como una delegación de la autoridad de la Iglesia: es un hecho constitucional, de origen divino, como el Primado del Romano Pontífice, la autoridad de los obispos o la existencia del sacerdocio ministerial, pues deriva necesariamente del bautismo.

Quiero citar aquí unas palabras de Mons. Escrivá de Balaguer, entre las muchas que dedicó a este tema, que lo explican de un modo diáfano. *¿Quién ha dispuesto que para hablar de Cristo, para difundir su doctrina, sea preciso hacer cosas raras, extrañas? Vive tu vida ordinaria; trabaja donde estás, procurando cumplir los deberes de tu estado, acabar bien la labor de tu profesión o de tu oficio, creciéndote, mejorando cada jornada. Sé leal, comprensivo con los demás y exigente contigo mismo. Sé mortificado y alegre. Ese será tu apostolado. Y, sin que tú encuentres motivos, por tu pobre miseria, los que te rodean vendrán a ti, y con una conversación natural, sencilla —a la salida del trabajo, en una reunión de familia, en el autobús, en un paseo, en cualquier parte— charlaréis de inquietudes que están en el alma de todos, aunque a veces algunos no quieran darse cuenta: las irán entendiendo más, cuando comiencen a buscar de verdad a Dios (Amigos de Dios, n. 273).*

Si alguien se sintiese sorprendido ante el tono tan humano de estas palabras, debe considerar que están inspiradas en el ejemplo vivo de Cristo. ¿Cabe mayor profundización en la misión de los seglares que la de ver en cada uno un *alter Christus, ipse Christus*, como gustaba repetir a Mons. Escrivá de Balaguer? El cristiano que se decide a vivir este apostolado sencillo y diario sabe que necesita ser cada vez más fiel a la Palabra de Cristo, mejor conocedor de la doctrina de la Iglesia, más receptivo a las enseñanzas del Magisterio. Llenarse de Dios para hablar de Dios. Vida interior y apostolado se entrecruzan hasta convertirse en la misma cosa.

Este modo de entender la vida laical proporciona a la Iglesia muchas almas santas, propagadoras de su doctrina en todo el mundo. Y se hace sin aparatos organizativos, sin exhibiciones, sin estrépito. No se trata de contabilizar almas, sino de servir a todos con el corazón lleno de Dios.

La misión apostólica es fundamentalmente singular, personal. Es algo que resulta de la contemplación cristiana de una verdad que también la razón puede alcanzar: que cada persona es única, insustituible. *Ninguno de nosotros es un ejemplar repetido: Nuestro Padre nos ha creado uno a uno, repartiendo entre sus hijos un número diverso de bienes. Hemos de poner esos talentos, esas cualidades, al servicio de todos: utilizar esos dones de Dios como instrumentos para ayudar a descubrir a Cristo* (*Amigos de Dios*, n. 258). Lo personal al servicio de todos: tenemos aquí la mayor dimensión social posible. La sociedad se beneficia de una riqueza múltiple, diversificada, ajena a los planteamientos masivos, a los estereotipos.

Y, respecto a los sacerdotes, ¿implica el espíritu y la vida de la Obra alguna novedad en la historia de la Iglesia? ¿Qué significa ser sacerdote para un socio del Opus Dei?

En el Opus Dei hay sacerdotes que, después de recibir las sagradas Ordenes, se asocian a la Obra sin disminuir en nada —al contrario— su dependencia del propio Obispo. Buscan sólo una ayuda espiritual concreta, para recorrer el camino de santificación que ha de ser el ejercicio de su ministerio. Así, desde hace muchos años, se cumple lo que el Concilio Vaticano II expresó de forma clara: “han de ser tenidas en mucho y se deben promover diligentemente las asociaciones que, con estatutos reconocidos por la autoridad eclesiástica competente, fomenten la santidad de los sacerdotes en el ejercicio de su ministerio, a través de una ordenación de vida conveniente y de la mutua ayuda fraterna” (*Decreto Presbyterorum Ordinis*, n. 18).

Otros sacerdotes, los incardinados a la Obra, han recibido la ordenación sacerdotal después de ser, a veces durante muchos años, socios seculares del Opus Dei, es decir, cristianos corrientes que procuran santificarse en el ejercicio de su trabajo profesional. Para estos socios, el sacerdocio no indica una especie de coronamiento de su vocación, porque en el Opus Dei hay una sola vocación: la de santificar el trabajo ordinario. Para todos los sacerdotes del Opus Dei, el sacerdocio significa lo que siempre ha sido en la Iglesia: una peculiar consagración, que se añade a la bautismal, y una misión al servicio pastoral de sus hermanos los hombres.

Consagración y misión sacerdotal componen un título de servicio. Nuestro Fundador, refiriéndose a esto, escribía: *ni como hombre ni como fiel cristiano el sacerdote es más que el seglar. Por eso es muy conveniente que el sacerdote profese una profunda humildad, para entender cómo en su caso también de modo especial se cumplen plenamente aquellas palabras de San Pablo: ¿qué tienes que no hayas recibido? (I Cor 4, 7). Lo recibido... ¡es Dios! Lo recibido es poder celebrar la Sagrada Eucaristía, la Santa Misa —fin principal de la ordenación sacerdotal—, perdonar los pecados, administrar otros Sacramentos y predicar con autoridad la Palabra de Dios, dirigiendo a los demás fieles en las cosas que se refieren al Reino de los Cielos (Homilía Sacerdote para la eternidad).*

En este punto, como en todos, el Opus Dei recoge y abraza la doctrina de la Iglesia. El sacerdote es, en la Iglesia, dispensador de los misterios de Dios e instrumento de unidad. Separado de los demás hombres por la consagración, vive y ejerce su trabajo sacerdotal entre los hombres, porque ésa es su misión. En otras palabras, su consagración es para una unión más fuerte con los demás fieles, para servirles con el ejercicio de su específico ministerio.

La labor pastoral del sacerdote —y así lo entienden los socios que reciben las sagradas Ordenes— es un servicio constante. Mons. Escrivá de Balaguer lo expresó en forma gráfica: *los sacerdotes no tenemos derechos: a mí me gusta sentirme servidor de todos, y me enorgullece ese título. Tenemos deberes exclusivamente, y en esto está nuestro gozo.*

En resumen: por lo que se refiere a la esencia del sacerdocio, la Obra, como es lógico, no trae novedad alguna a la historia de la Iglesia. La identidad del sacerdote es un hecho constitucional de la Iglesia y no puede cambiar. El Opus Dei, sin embargo, ha hecho redescubrir a muchos sacerdotes que en su ministerio pastoral es donde deben luchar día a día por la santidad. Además, ha aportado una novedad, que data de 1944, año en el que fuimos ordenados los tres primeros sacerdotes de la Obra: el hecho, registrado por primera vez, de que numerosos profesionales —hoy sobrepasan el millar—, con un trabajo civil bien afianzado, con indudable mentalidad laical, hayan cambiado ese trabajo por el servicio sacerdotal, trayendo a éste todos sus conocimientos, esa misma mentalidad de hombre de la calle, pero dedicándose exclusivamente a partir de entonces a lo específico del ministerio: predicar la Palabra de Dios y administrar los Sacramentos.

En el plano de las realizaciones apostólicas, ¿qué aportaciones del Opus Dei destacaría en estos cincuenta años?

En el campo del apostolado de los cristianos, pienso que el Opus Dei ha aportado una idea de gran densidad teológica y, por eso, muy práctica. Me refiero a la afirmación de que el principal apostolado es el que realiza cada uno en su trabajo, con su personal libertad y la consiguiente responsabilidad. Un cristiano ha de ser fermento y luz allí donde se encuentre: en su familia, en las relaciones profesionales y sociales. De hecho, el apostolado más importante del Opus Dei no está constituido por aquellas realizaciones a las que me referiré enseguida, sino por el que llevan a cabo personalmente los socios, cada uno en su propio ambiente.

Otra aportación, muy unida a la anterior, es el respeto, en la acción apostólica, de la naturaleza propia de las actividades humanas nobles. En otras palabras: el espíritu del Opus Dei lleva a santificar las tareas humanas desde la misma entraña de esas actividades. No se trata de hacer cosas para luego *bautizarlas*, sino de trabajar profesionalmente con la propia dinámica natural de las cosas y, a la vez, en una perspectiva cristiana.

Así se explica, y es una tercera aportación que quería comentar, el hecho de que, desde hace ya muchos años, los socios del Opus Dei trabajen, en su apostolado, junto a otras personas —muchas no católicas e incluso no creyentes—, que comparten el mismo deseo de poner todo lo humano, noblemente, al servicio de los demás.

En estos cincuenta años, los hombres han continuado haciendo la historia y han aparecido nuevas aspiraciones, nuevas necesidades, modos nuevos de enfocar los problemas humanos. En sus realizaciones apostólicas, cada socio del Opus Dei, como cualquier ciudadano, asume, hace propias, estas realidades. No hay un modelo único de cultura o de civilización que alimente el modo de hacer apostólico. Lo perenne es la fidelidad a la doctrina de la Iglesia y el deseo de servir. Los modos concretos de realizar este servicio dependen de las circunstancias, de las condiciones históricas, de las posibilidades reales de cada uno.

Las realizaciones concretas son muy numerosas en los cinco continentes: tareas que caen plenamente en el ámbito

civil, orientadas y dirigidas por profesionales en las diferentes esferas del quehacer humano. Se trata de centros educativos, asistenciales, de promoción humana y social que, en cada país, nacen de acuerdo con las necesidades que allí se sienten con mayor fuerza. La Universidad de Navarra es una excelente muestra de ese trabajo, lo mismo que, por ejemplo, el *Seido Language Institute*, en Japón, *Netherhall House*, en Londres, el *Centro Elis*, en Roma, o el *Centro Agropecuario El Peñón*, en México.

¿Puede decirnos cómo entiende el Opus Dei la labor social de los cristianos?

De acuerdo en todo con el Magisterio de la Iglesia, y sin tener una propia doctrina sobre las múltiples cuestiones opinables que existen en esas materias.

Contribuir a que las actividades humanas cumplan su función social, no es algo exclusivo de los cristianos; es responsabilidad de todos los hombres. Pero, por lo que se refiere a los cristianos, no se puede ignorar que el cumplimiento de la misión que Cristo encomendó a sus discípulos tiene inmediatas repercusiones sociales. Esta es una enseñanza constante del Fundador del Opus Dei.

Dentro del cristianismo —afirmaba— hallamos la buena luz que da siempre respuesta a todos los problemas: basta con que os empeñéis sinceramente en ser católicos (Amigos de Dios, n. 171). Esto es indudable. Un catolicismo bien vivido contribuye poderosamente a la solución de todos los problemas humanos, también de los que tienen un mayor alcance social. Es más; ése es el único presupuesto radical de cualquier solución auténtica. Como escribió Mons. Escrivá de Balaguer en Camino: estas crisis mundiales son crisis de santos (n. 301); de ahí que sólo con la santificación de cada actividad humana se podrá alcanzar la auténtica paz: la paz de Cristo en el reino de Cristo (ibidem). Desde esta perspectiva, es fácil vislumbrar el inmenso alcance social de su enseñanza acerca de la santificación del trabajo profesional ordinario.

Es éste un camino que lleva derecho a enfrentarse con los problemas concretos, en su urgente inmediatez. Nuestro Fun-

dador tuvo siempre una profunda y vivísima conciencia de los problemas sociales. Vale la pena citar por extenso unas palabras suyas, que revelan un poco de la profundidad de su alma. *Se comprende muy bien la impaciencia, la angustia, los deseos inquietos de quienes, con un alma naturalmente cristiana (cfr. Tertuliano, Apologeticum, 17: PL 1, 375), no se resignan ante la injusticia personal y social que puede crear el corazón humano. Tantos siglos de convivencia entre los hombres y, todavía, tanto odio, tanta destrucción, tanto fanatismo acumulado en ojos que no quieren ver y en corazones que no quieren amar.*

Los bienes de la tierra, repartidos entre unos pocos; los bienes de la cultura, encerrados en cenáculos. Y, fuera, hambre de pan y de sabiduría, vidas humanas que son santas, porque vienen de Dios, tratadas como simples cosas, como números de una estadística. Comprendo y comparto esa impaciencia, que me impulsa a mirar a Cristo, que continúa invitándonos a que pongamos en práctica ese mandamiento nuevo del amor (Es Cristo que pasa, n. 111).

Con su ejemplo y su predicación no producía una simple reacción emotiva ante tales problemas, ni impulsaba a arrebatos momentáneos y fugaces. Movi6 a multitud de personas a tomar en serio la responsabilidad de cada uno ante la gravedad de esos asuntos, recomendando siempre que se afrontaran con competencia profesional —sin *dilettantismo* ni improvisaciones—, e insistiendo en la necesidad de la reforma interior de las personas, necesaria para incidir eficazmente en las estructuras sociales, reformándolas cuando resulte necesario y, siempre, informándolas con el espíritu de Cristo. Característica peculiar fue su acento realista y positivo, que le llevaba a aconsejar la formación integral de los más necesitados, de modo que puedan ser ellos quienes eleven su propia situación y se respete así plenamente su dignidad personal.

Quiero añadir que, en la entraña de todos esos problemas sociales, veía una urgente llamada de Dios, que nos habla no sólo a través de las incidencias ordinarias de la vida diaria, sino que *nos llama también a través de los grandes problemas, conflictos y tareas que definen cada época histórica, atrayendo esfuerzos e ilusiones de gran parte de la humanidad (Es Cristo que pasa, n. 110).*

Como ante esos problemas, conflictos y tareas caben de ordinario diversas soluciones concretas que sean conformes a

la doctrina de Cristo, el Fundador del Opus Dei —fiel a su misión sacerdotal— jamás predicó sus ideas personales; es más, defendió incesantemente la libertad de todos, pero poniéndolos siempre ante las exigencias de la justicia. *Pensad lo que preferáis en todo lo que la Providencia ha dejado a la libre y legítima discusión de los hombres. Pero mi condición de sacerdote de Cristo me impone la necesidad de remontarme más alto, y de recordaros que, en todo caso, no podemos jamás dejar de ejercitar la justicia, con heroísmo si es preciso* (*Amigos de Dios*, n. 170).

A la vez, no cesó nunca de insistir en que la sola justicia no basta para resolver los grandes problemas de la humanidad. *Pide mucho más la dignidad del hombre, que es hijo de Dios, enseñaba. La caridad ha de ir dentro y al lado, porque lo dulcifica todo, lo deifica: Dios es amor (I Ioh IV, 16)* (*Amigos de Dios*, n. 172). Una caridad que no sustituye a la justicia: presuponiéndola, no sólo la acompaña (va *al lado*), sino que la informa (va *dentro*). El espíritu cristiano exige no limitarse a dar a cada uno lo suyo, sino que lleva además a hacerlo con respeto, con cariño, y a dar más de lo estrictamente debido: a entregarse uno mismo a los demás. En fin, la caridad es motor poderoso, que mueve a ejercitar la misma justicia, especialmente cuando esto supone heroísmo. Sólo así se obra en conformidad con la dignidad del hombre; es decir, sólo así es posible *portarnos como hijos de Dios con los hijos de Dios* (*Es Cristo que pasa*, n. 36).

Desde esta doctrina católica, ¿cómo contribuye concretamente el Opus Dei a que se realice la labor social de los cristianos?

Como acabo de decir, la Obra no tiene una propia doctrina en estas materias: sigue en todo fielmente la doctrina de la Iglesia, que lleva a respetar y a defender los derechos de cada persona. Como afirmaba, en denso resumen, Mons. Escrivá de Balaguer: *hemos de sostener el derecho de todos los hombres a vivir, a poseer lo necesario para llevar una existencia digna, a trabajar y a descansar, a elegir estado, a formar un hogar, a traer hijos al mundo dentro del matrimonio y poder educarlos, a pasar serenamente el tiempo de la enfermedad o de la vejez, a acceder a la cultura, a asociarse con los demás*

ciudadanos para alcanzar fines lícitos, y, en primer término, a conocer y amar a Dios con plena libertad, porque la conciencia —si es recta— descubrirá las huellas del Creador en todas las cosas (Amigos de Dios, n. 171).

Este respeto y amor a los derechos y a la libertad de todos, le llevaba a aborrecer cualquier forma de fanatismo y de violencia, hasta el extremo de asegurar con todas las veras de su alma: *cuando alguno intentara maltratar a los equivocados, estad seguros de que sentiré el impulso interior de ponerme junto a ellos, para seguir por amor de Dios la suerte que ellos sigan.*

También me he referido antes al pluralismo que puede y debe existir en relación a los modos concretos de aplicar la doctrina social de la Iglesia; pluralismo que defendió siempre el Fundador del Opus Dei. Esta actitud suya estaba basada en *el respeto a la trascendencia de la verdad revelada, y en el amor a la libertad de la humana criatura. Podría añadir —continuaba— que se basa también en la certeza de la indeterminación de la historia, abierta a múltiples posibilidades, que Dios no ha querido cerrar (Es Cristo que pasa, n. 99).*

¿Cómo contribuye el Opus Dei a que se realice la labor social de los cristianos? Proporcionando a sus socios, y a otras muchísimas personas, una sólida y completa formación cristiana que, entre otras cosas, les lleva a tomar conciencia de su propia responsabilidad social. Pero a la hora de actuar, la Obra no lo hace nunca *en grupo* —ni en éste ni en ningún otro campo—, porque no es ésa su misión. Es cada uno quien actúa libre y responsablemente, y quien se une si quiere a otras personas o grupos —políticos, sindicales, culturales, etc.— que estime más afines a sus ideas. Por eso, no es posible programar ni contabilizar los resultados de la imponente labor social que esa multitud de personas realiza en el cumplimiento de sus deberes familiares, profesionales y sociales.

A estos resultados concretos y multiformes, que produce el serio empeño cristiano con que los socios del Opus Dei procuran realizar su trabajo en todos los sectores y niveles de la sociedad, hay que añadir el que se deriva de las innumerables y variadas obras asistenciales, educativas, etc., a las que me he referido anteriormente: iniciativas de naturaleza civil y profesional, llevadas a cabo por socios de la Obra junto a otros ciudadanos, incluso no cristianos, y en las que el Opus Dei se ocupa, porque así se lo piden, de la formación espiri-

tual y doctrinal de las personas que, de un modo u otro, se relacionan con esas labores sociales.

Hemos hablado hasta aquí de la historia y del espíritu del Opus Dei. Mirando ahora hacia el futuro, ¿qué papel atribuiría usted al Opus Dei en la actual encrucijada de la Iglesia, y de cara a la acuciante misión evangelizadora que hoy se plantea?

Cuando se habla del futuro de la misión de la Iglesia, suele hacerse referencia a un término, el de *aggiornamento*, que estaba muy en boga hasta hace poco. En 1967, preguntaron a Mons. Escrivá de Balaguer cuál era, a su entender, el sentido de esa palabra aplicada a la vida de la Iglesia. Respondió: Fidelidad. *Para mí aggiornamento significa sobre todo eso: fidelidad (Conversaciones, n. 1).* A esta otra pregunta, he de responder lo mismo: el papel del Opus Dei quiere ser un trabajo continuo de fidelidad a Cristo y, por tanto, al Magisterio de la Iglesia, al Papa, Vicario de Cristo.

La evangelización ha sido siempre en la Iglesia una tarea acuciante. Así empezaron los primeros Doce; eso han hecho millones de cristianos a lo largo de la historia; eso nos corresponde a nosotros. Cualquier época ha sido, para los hombres y para la Iglesia, una encrucijada. Y, si queremos jugar con los términos —pero es un juego de Dios—, yo diría que en cualquier encrucijada el sentido sólo puede darlo la Cruz, esa cátedra perenne de fidelidad a la Voluntad de Dios. La Cruz es el trono del sacrificio redentor, la raíz de la gloria del Resucitado, que funda el sentido alegre de la vida del cristiano.

Evangelizar no ha sido nunca otra cosa —no es otra cosa— sino el trabajo de situarnos nosotros, y de ayudar a los demás a situarse ante la Cruz de Cristo. Mons. Escrivá de Balaguer, meditando sobre el Viernes Santo, escribió: *es la fe en Cristo, muerto y resucitado, presente en todos y cada uno de los momentos de la vida, la que ilumina nuestras conciencias, incitándonos a participar con todas las fuerzas en las vicisitudes y en los problemas de la historia humana (Es Cristo que pasa, n. 99).*

El Opus Dei no tiene otro papel que el que Dios ha querido asignarle, al darle un espíritu muy claro, vivido heroicamen-

te, con fidelidad inquebrantable, por nuestro Fundador. Este espíritu nos enseña a no tener miedo a nada de lo que pueda ocurrir en la historia. Primero, porque amamos la libertad con todas las veras de nuestra alma; después, y sobre todo, porque por encima de las perplejidades, de las incertidumbres de los tiempos, está el signo completo y definitivo de la Cruz. Nuestro Señor no entró en la historia para marcar sólo una época concreta, que pasaría. El es el Señor de los tiempos.

Jesucristo no ha suprimido la historia, porque ama y respeta la libertad que El mismo ha rescatado para los hombres; pero, a la vez, ha puesto en la historia el sello imborrable de su amor redentor; en los Sacramentos están marcadas las huellas de sus pasos, como afirmaba Mons. Escrivá de Balaguer; en la firme figura del sucesor de Pedro, ha querido dejarnos un intérprete auténtico de su doctrina. Evangelizar es, en palabras de Pablo VI, "llevar la Buena Nueva a todos los estratos de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, hacer nueva, a la misma humanidad: *he aquí que yo hago nuevas todas las cosas* (Ap 21, 5). Pero no hay humanidad nueva, si antes no hay hombres nuevos, con la novedad del Bautismo y de la vida según el Evangelio" (Ex. Ap. *Evangelii nuntiandi*, n. 18). Por eso, la evangelización conduce a acercar a los hombres a los Sacramentos, fuentes de la gracia, y a la irradiación de esta gracia en todos los ámbitos de la vida personal, familiar y social (cfr. *ibidem*, n. 47). Cuando la mirada se pierde en los pequeños acontecimientos de la crónica diaria, los hombres podemos sucumbir a la tentación de pensar que lo más necesario es encontrar "nuevas fórmulas" para la evangelización. Sin embargo, cuando contemplamos la historia con un poco de perspectiva, caemos siempre en la cuenta de que no hay otro camino fuera del de la fidelidad.

Fidelidad es fecundidad y, por tanto, imaginación, capacidad de inventar nuevos modos, esa sabiduría concreta que permite hablar siempre el mismo lenguaje de Dios, revestido con diferentes ropajes. Esto han hecho los santos: no inventaron ni un "nuevo Cristo", ni una "nueva Iglesia", pero acercaron "de nuevo" a los hombres a Cristo y a la Iglesia. Fueron fieles al único Cristo, que es ayer, hoy y siempre. El espíritu del Opus Dei enseña que la santidad está al alcance de todos, porque todos pueden trabajar con Cristo en cualquier tiempo y en cualquier ambiente.

Usted es la persona que más ha convivido con Mons. Escrivá de Balaguer. ¿Cómo resumiría su figura humana y espiritual?

No me siento capaz de resumir en pocas frases cuarenta años de vida al lado de un sacerdote santo, que siempre secundó el querer de Dios. De esta generosidad espiritual se contagió su figura humana, haciéndose de tal modo cálida, cordial, amable, alegre, que es muy difícil trazar ni siquiera unos pocos rasgos.

Junto al Padre —como justamente le llamamos sus hijos y millares de otras personas— se estaba bien. Todos en el Opus Dei —y también un número incontable de personas que no pertenecen a la Obra— hemos experimentado esa realidad. Se estaba bien, con alegría humana y sobrenatural. El Padre, de forma continua, trataba al Señor, a su Madre Santa María, a San José, a quien tanto quería y quiere. Estaba *siempre con los tres*, con esa *trinidad de la tierra* —como le gustaba decir— que le llevaba a la Trinidad del Cielo.

Se sabía hijo de Dios, y Dios amaba de forma muy particular a ese hijo fiel, que pensaba siempre en las almas para encontrar continuamente ocasiones de servir las. Por naturaleza era generoso. Tenía esa cualidad, tan poco corriente, de ponerse de modo habitual en el lugar de los demás. Tanto en sus encuentros con miles de personas, como en una conversación privada, se notaba siempre esa facilidad para comprender, para adivinar lo que necesitaban. Acompañarle, oírle, era un estímulo para estar con Dios, para oír a Dios.

En su inteligencia brillaba el rasgo, tan relacionado con la sabiduría cristiana, de la clarividencia. Por el don fundacional, en lo que se refiere al espíritu del Opus Dei y en muchos puntos doctrinales, se adelantó en más de treinta años a lo que el Concilio Vaticano II propuso luego a toda la Iglesia. Pero también en lo humano poseía capacidad de anticipación. Era quizá por esa inteligencia a la que antes me refería, pero también por su memoria —extraordinariamente detallada, puntual, concreta— y por un amplio y profundo bagaje cultural alimentado por la lectura de los humanistas, clásicos y modernos.

Conocía el corazón humano en sus grandes ideales y en

sus pequeñas miserias. Comprendía siempre, y siempre se adelantaba para ponerse al alcance de todos.

Sabía, aprendido en el Evangelio, que Cristo es un Dios amable, que pone ejemplos para hacerse entender, que ríe y llora, que se compadece, que está pendiente también de las pequeñas necesidades diarias. El cristiano tiene que imitar al Maestro en esta humanidad. ¡Cuántas cosas dijo y escribió sobre esto!

En su naturaleza, humanamente tan bien dotada, Dios fue forjando un alma santa, aunque el Padre no se considerase sino *un pecador que ama con locura a Jesucristo*. Al final de su vida en la tierra se veía a sí mismo *como un niño que balbucea*, y repetía continuamente que no era nada, que no sabía nada, que no valía nada, que no tenía nada... Los que estábamos a su lado veíamos, en cambio, su fe, que nunca dudó de Dios; su esperanza, firmemente asentada en el Señor, fuente de su alegría; su amor a Dios y, en El, a todos los hombres, a cada uno: para salvar un alma, decía estar dispuesto a ir hasta las mismas puertas del infierno, *más allá no, porque no se ama a Jesucristo*.

Este tejido de las tres virtudes teologales se hizo en él como connatural: no podía ver las cosas de otro modo. Por eso sufría por la Iglesia y ofreció su vida por Ella. Por eso perdía el sueño ante el solo pensamiento de que los hombres no trataran con amor a Jesús Sacramentado, a quien prestaba cada día su corazón, su voz, sus manos, todo su ser de sacerdote.

Cristo, María, el Papa: era el compendio de sus amores, la fuerza que le llevaba a soportar todo, a perdonar siempre —y en ocasiones fue duramente maltratado, calumniado— con una sonrisa, sin el menor asomo de rencor. Nadie escuchó de sus labios una palabra de crítica o de ataque, ni siquiera en defensa propia. Rezaba: *Señor, si Tú no quieres mi honra, yo, ¿para qué la quiero?*

En su amor a la libertad se unía también un rasgo de su propio carácter con un trazo muy neto de su vida de unión con Dios. Con una expresión castiza solía decir que servía al Señor *porque me da la gana, que es una estupenda razón sobrenatural*. Así, enseñó a cultivar una fidelidad libre, enraizada en la honradez, con amplitud de movimientos, con la flexibilidad de una entrega delicada y amorosa.

Podría seguir apuntando —sólo apuntando— otros rasgos de su personalidad humana y espiritual. Pero quiero referirme sólo a un aspecto más, en apariencia pequeño: a su capacidad de agradecimiento. Consideraba un gran favor, y así lo manifestaba, cualquier gesto de atención que se tenía con él, aunque sólo fuera el acostumbrado por la cortesía. Ese sentido de la gratitud le llevó a conservar siempre la amistad, incluso con personas a las que no volvió a ver en muchísimos años. Tenía esa gran cualidad de los patriarcas, la hospitalidad. Podía quedarse sin nada —y muchas veces ocurrió así—, pero el que acudía a su casa encontraba a su disposición todo lo necesario, en un clima de amable sobriedad. Amaba al mundo, todas las cosas nobles del mundo, con pasión humana, seguro de que ese amor le llevaba a estar más unido a Dios, Creador del mundo y del hombre.

Puedo afirmar que, desde el mismo día del fallecimiento de Mons. Escrivá de Balaguer, miles de personas en todo el mundo solicitan favores de Nuestro Señor, por intercesión de este sacerdote que sólo habló de Dios. Yo, como hago continuamente desde aquel 26 de junio de 1975, me encomiendo una vez más a nuestro Fundador para que siga dirigiendo desde el Cielo el Opus Dei, para el servicio de la Iglesia y de todas las almas.

II. LA FIGURA Y LA ENSEÑANZA DEL FUNDADOR DEL OPUS DEI

